

EDUCACIÓN EN VALORES: UN ENFOQUE DESDE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA

María Cristina Tarrés y otros
Universidad Nacional de Rosario, Argentina

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN: VALORES Y DESVALORES

Los *valores* constituyen experiencias humanas del diario vivir relacionadas con la capacidad de evaluar el mundo que nos rodea y de preferir jerárquicamente en él lo que consideramos más estimado dentro de una gama de posibilidades, guiándonos por un cierto “sentimiento” hacia lo más *apreciable*. Esta disposición de preferir dentro de una escala valorativa da sentido a la vida humana, matiza la cultura, los modos de ver nuestro derredor y nuestra vida y brinda, además, la posibilidad de construir mundos deseables y utopías (1).

Como contrapartida de estas cualidades, los *desvalores* representan un quiebre convivencial y conducen, las más de las veces, a problemas de otra índole (económicos, políticos, sociales) muchas veces sindicados como causa, cuando, en realidad, son consecuencia de desviaciones axiológicas.

La autora mexicana Kepowics Malinowska plantea que, en un contexto de neoliberalismo político, de economía de mercado, de globalización y de otras tendencias homogeneizadoras, así como en las sociedades manipuladas por la producción y el consumo, el *aprender a ser*, representa uno de los propósitos no cumplidos por la educación (2).

En tal sentido y desde nuestra postura de docentes e investigadores universitarios, en el presente trabajo reflexionamos sobre aspectos ligados al proceso de la investigación científica, tratando de hallar en él *valores intrínsecos* susceptibles de contribuir a la recuperación, fijación y trasvasamiento axiológicos.

2. ACERCA DE LOS VALORES EN LA TAREA DE INVESTIGAR

La investigación científica, una de las grandes actividades lúdicas del hombre, conlleva un *valor esencial, la satisfacción de la curiosidad humana*. Precisamente, el ser humano intenta comprender los fenómenos naturales y comprenderse a sí mismo, por pura curiosidad intelectual y porque tal comprensión le brinda los medios para manipular y utilizar el ambiente en propio beneficio, mejorando su posición estratégica en el mundo. Al respecto, el científico francés Vladimir Kourganoff asevera que “*los científicos tienen algo de Cristóbal Colón pues parten de una esperanza, nunca de una certeza, y sus viajes trabajosos pueden terminar en naufragio. Sin embargo, algunas de esas aventuras se saldan con el descubrimiento de una América. Más aún, tienen la imperiosa urgencia de ir en pos del secreto que se oculta tras lo manifiesto porque saben que, aunque sólo rocen una mínima porción de la verdad, ésta es una manera de convertirse en y sentirse seres humanos íntegros...*”(3).

Aunque la investigación científica aparenta ser una actividad solitaria, dista de serlo ya que pocas hay más sociales, más comunitarias y más interdependientes que ésta. Así, de lo que parecen trozos diseminados y desintegrados de conocimiento, emerge repentinamente una “verdad nueva”, en interacción e integración con otras verdades. De allí que, para los artífices que la producen, adquieran preeminencia **valores sociales de relaciones interpersonales y de participación social profesional**.

Por otra parte y desde un enfoque piagetiano, el sujeto cognoscente se halla en intercambio con la realidad que procura conocer a fin de asegurar las continuas adaptaciones o readaptaciones a las que se ve forzado casi homeostáticamente durante esos intercambios. La producción de nuevo conocimiento derivará, por consiguiente, de la acción inteligente – exploratoria y transformadora - que el sujeto realiza sobre los objetos para comprenderlos, asimilarlos y acomodarlos a sus esquemas previos y para conferirles una definida significación (4). Los **valores que entran aquí en juego son del campo intelectual** y las reacciones del sujeto corresponden tanto a la satisfacción de la evidencia / certeza cuanto a la inquietud generada por la duda / ignorancia.

Sin embargo, los valores involucrados excederían lo intelectual ya que, además, estarían fuertemente implicados **valores estéticos y éticos**. En tal sentido, Bunge sostiene que la ciencia es, entre otros, un medio de producción, con una modalidad estética y ética precisas ya que requiere de un recto proceder en el proceso de planteo y solución de los problemas. De allí que insista en que **en tanto fuerza productiva y fuerza moral práctica posee en la ética su teoría de sustentación** (5). Tales facetas ético-morales se extienden a todas las actividades que desempeña el investigador; entre otras, el empleo respetuoso de las referencias bibliográficas, la objetividad en la recolección, el procesamiento y la presentación de los datos, la honestidad y equidad en la solicitud de los subsidios, la redacción accesible en las publicaciones, la veracidad en la presentación de los antecedentes académicos, etc. En todas ellas *debe privar la verdad a secas pues la verdad a medias no es sino otra forma de mentira*.

Si a lo anterior se agregan diferentes aptitudes que debieran investir a quien investiga (esto es, abreviar con eficiencia en las distintas fuentes de información, proceder con rigor durante la producción de conocimientos, soslayar prejuicios, desviaciones reduccionistas, cientificistas o enciclopedistas e interpolaciones y extrapolaciones erróneas; discriminar aspectos falaces dentro de un todo que puede lucir como cierto; distinguir una impresión de un juicio y una concomitancia de una relación causa-efecto y discernir entre juicios falsos, suspendidos (dudas), ausentes (ignorancia) y certeros se vislumbran valores progresivos subyacentes en cada una de tales acciones. Lo mismo acontece si se hace referencia a las actitudes rectoras en esta actividad, entre las que merecen mención: la mayor objetividad y flexibilidad posibles, una aconsejable y mesurada apertura mental, audacia creadora, honestidad y coraje intelectual, independencia de juicio, potencia exploradora, humildad ¹, amor por la libertad y sentido de justicia, responsabilidad para la producción y socialización de conocimientos, desenmascaramiento de la seudociencia y –retornando a lo que antes se subrayara- fiel cumplimiento de las normas ético-morales (6).

¹ Jorge Luis Borges le confesó una vez a Héctor Yánover sus sentimientos en ocasión de dar a conocer su obra: “Cada vez que publico un poema en La Nación pienso: ahora sí que se van a dar cuenta de que soy un chanta. Sin embargo, a la mañana siguiente alguien me llama y dice: Muy bueno, Georgie; otro lo hace entre las tres y las cuatro y también dice: Muy bueno, Georgie y, ya anocheciendo, recibo el llamado de Adolfo Bioy Casares que me dice: Muy bueno, Georgie. Entonces, pienso: ¡Qué suerte, esta vez tampoco se han dado cuenta! (Diario La Nación, 14-06-1996).

Si bien el beneficio para la sociedad que emana del conocimiento constituye un vigoroso sustento de legitimidad ética, su producción ofrece facetas controvertidas, fuente permanente de conflictos. Sin lugar a dudas, los argumentos en pro y en contra de muchos de ellos hallan base primordial *en valores morales y la reacción subjetiva subyacente no sería otra que el sentido de eticidad*.

Avanzando por sobre las consideraciones anteriores, cabe apreciar que todo el proceso de investigación responde a cierta estética donde se contraponen simetría y asimetría, equilibrio y desequilibrio, orden y caos. Así, en sutil vorágine, tales categorías pueden coexistir, entremezclarse y aparecer adoptando nuevas formas, no por eso menos bellas.

Barba Martín sostiene que el investigador como sujeto social, no puede permanecer indiferente ante los fines y usos de la ciencia, siendo su principal *valor científico el de la honestidad intelectual* y, citando a Sánchez Vázquez añade: *“El científico ha de poner de manifiesto una serie de cualidades morales cuya posesión asegura una mejor realización del objetivo fundamental que preside su actividad, a saber: la búsqueda de la verdad. Entre estas cualidades morales, propias de toda verdadera persona de ciencia, figuran prominentemente la honestidad intelectual, el desinterés personal, la decisión en la búsqueda de la verdad y en la crítica de la falsedad”* (1, 7).

Por su parte, Merton agrega que las normas de la ciencia poseen una justificación metodológica, prescripciones que son tanto técnicas como morales. Defender la libertad de investigación y la obligación de comunicar libremente los resultados, debe constituir el primer imperativo del *ethos* del investigador, siendo *valores principales* del investigador universitario la búsqueda de la verdad y de la excelencia, el compromiso social, la responsabilidad y la autonomía (8).

3. COMENTARIOS FINALES

Surge de lo expuesto un cúmulo de valores cortejantes del proceso de investigación entre los que rescatamos:

- valores intelectuales (humanísticos, científicos y técnicos)
- valores ético-morales de cuño individual como la formación del carácter y el cultivo de la libertad y de la responsabilidad y de índole social como el sentido de la justicia y el bien común
- valores trascendentales ligados a la visión del mundo, y
- valores vinculados a las relaciones interpersonales y a la participación social profesional

No obstante, este más que rescatable aspecto dentro de la investigación científica como proceso, se halla contrabalanceado por una oscura faceta axiológica en la que conviven la desleal competencia, el egoísmo, el resentimiento, justipreciaciones interesadas (cuando no, humillantes) del prójimo, arrogancias vanas, censurables escamoteos y desvaloraciones dolosas, hipocresías y cinismos, capaces todas de regar con desánimo y frustración la más fértil de las tierras productivas. Dice Esther Díaz: *“de los efectos positivos de la ciencia no es necesario hablar, todos los disfrutamos, y los negativos son demasiado conocidos. Se trataría de reflexionar sobre la responsabilidad que nos cabe a quienes directa o indirectamente estamos relacionados con la actividad científica”*, debate que, según la autora citada, nos convoca a un desafío: *“repensar el quehacer científico a la luz de la dimensión humana”* (9)

4. SOBRE LOS MAESTROS Y A MODO DE PROPUESTA

El interrogante emergente es: ¿Cómo se adquieren tales valores y cómo pueden evitarse semejantes desvalores? De acuerdo con Barba Martín y Alcántara Santuario (1), la formación de los valores fundamentales del ser humano ocurre durante la infancia y la vida social, atañendo, también y de manera especialmente importante, a la educación formal. De allí que su formación siga presente más allá de ella en los aspectos profesionales, docentes y de investigación de distintos campos disciplinares. Por consiguiente, puede decirse que la adquisición de los mismos es un proceso que abarca una porción considerable de la vida de los individuos.

Complementando lo expuesto, la figura tutelar y emuladora de maestros ejemplares adquiere singular relevancia. Ellos serán quienes contribuyan a desarrollar la capacidad de leer entre líneas, la de discernir lo discernible, la de no opinar en la ignorancia, la de evitar las generalizaciones apresuradas, la de obviar tanto la aseveración terminante como el maniqueísmo de los blancos y los negros, la de mantener la mente abierta y alerta, la de cultivar un intelecto honesto, la de respetar, la de contener afectivamente, la de generar normas de urbanidad y la de actuar éticamente. Por ello, resulta coincidente esta postura con la sustentada por Barba Casillas, quien resalta la necesidad de hacer singular hincapié en la formación integral del docente y, más aún, en la de realizar estudios que permitan profundizar en el conocimiento del desarrollo del juicio moral en trabajadores de la educación y en otros grupos de profesionales (10).

La flexibilidad, la tolerancia y la apertura, propias de los procesos de la transformación social, pueden encontrar cabida en una sana postura pluralista de respeto a la diversidad, y de una construcción propia de la identidad (2). Potenciar a los sujetos es indispensable para el desarrollo y la lucha por la igualdad, la equidad y la dignidad humana, valores a los que el tránsito por el proceso de investigación así entendida puede colaborar a enraizar.

Se ha resaltado con mucha frecuencia el carácter moral de la educación y la necesidad de promover la formación de determinados valores en los estudiantes de todos los niveles de instrucción habiéndose postulado que es necesario generar ambientes organizacionales y estilos pedagógicos que se orienten con más eficacia al desarrollo moral del docente y le ayuden a comprender la naturaleza moral de la acción educativa, en bien de una práctica que impulse el desarrollo moral de los estudiantes (10).

En síntesis, estas reflexiones no pretenden agotar un tema tan multifacético. Antes bien, lo que intentan es iniciar, en una época con crisis de modelos y con desventuras axiológicas, el largo recorrido del regreso hacia valores extraviados partiendo del caso particular del proceso de investigación, su tránsito y su enseñanza, aunque potencialmente ampliable a otros campos de la actividad humana.

Por último, consideramos pertinente mencionar los siete saberes necesarios que, respondiendo a la ética del género humano, plantea Morin (11) reconociendo la triada individuo-sociedad-especie, para asumir la misión antropológica del milenio:

- trabajar para la humanización del planeta
- obedecer a la vida, guiar la vida
- lograr la unidad planetaria en la diversidad
- respetar al otro, tanto en la diferencia como en la identidad consigo mismo

- desarrollar la ética de la solidaridad
- desarrollar la ética de la comprensión
- enseñar la ética del género humano

En suma, parafraseando a Gros y Romañá (12) ser investigador y docente tiene sus atractivos, sus dificultades y sus riesgos y el doble papel que implica, de autor y de actor al mismo tiempo, torna complejo y arriesgado a este oficio. Por ello, el desafío de intentar colaborar en la formación y recuperación de valores trascendentes, bien merece el intento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. BARBA MARTÍN L y ALCÁNTARA SANTUARIO A. Los valores y la formación universitaria. *Reencuentro* 38, 2003 (Publicación electrónica sin paginar).
2. KEPOWICS MALINOWSKA B. Valores en los estudiantes universitarios. Un tema con muchas variaciones. *Reencuentro* 38, 2003 (Publicación electrónica sin paginar).
3. KOURGANOFF V. *La Investigación Científica*. EUDEBA, Argentina, 1963.
4. PIAGET J. *Biología y conocimiento*. Siglo XXI Editores SA, España-México, 1973.
5. BUNGE M. *Ética y Ciencia*. Siglo XX Editores SA, Argentina, 1972.
6. D'OTTAVIO AE. *Ser Médico: Reflexiones sobre la formación y la práctica médicas*. Homo Sapiens Ediciones, Argentina, 2001.
7. SÁNCHEZ VÁZQUEZ A. *Ética*. Editorial Grijalbo, México, 1989.
8. MERTON RK. *La sociología de la ciencia*. Alianza Editorial, España, 1995.
9. DÍAZ E. *La ciencia y el imaginario social*. Editorial Biblos, Argentina, 1999.
10. BARBA CASILLA B. Influencia de la edad y de la escolaridad en el desarrollo del juicio moral. *REDIE* 4 (2), 2002 (Publicación electrónica sin paginar).
11. MORÍNE. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO, Francia, 1999.
12. GROS B Y ROMAÑÁ T. *Ser Profesor. Palabras sobre la docencia universitaria*. Edicions Universitat, Barcelona, España, 1999.

Contactar

Revista Iberoamericana de Educación

Principal OEI